

## Pacientes memorables

Desde que terminé mi beca de postítulo y hasta que cumplí setenta y cinco años atendí pacientes en una consulta médica privada. Dado que la mayor parte de mi jornada estaba ocupada por funciones académicas y de servicio público, destiné a la consulta privada solamente dos horas, tres veces por semana, al final de las tardes. Allí practiqué mi profesión como internista, gastroenterólogo, hepatólogo y consejero clínico. En algunos casos atendía varios integrantes de una familia, como si fuera un antiguo “médico de cabecera” o “de familia”, lo que me daba gran satisfacción, pero también preocupaciones. La atención de pacientes, prolongada en el tiempo, permite conocerlos más a fondo y crea vínculos especiales. De mi práctica privada quiero recordar algunos pacientes que me dejaron una huella especial:

## *José Donoso*

*Abril de 2003*

Tomé otro sorbo de café del desayuno y miré desolado el volumen de los cuerpos del periódico dominical, escalonados sobre la mesa. Mi atención se fijó en la página que confirmaba una noticia que recientemente había saltado a la prensa nacional y también dado rebotes en la prensa extranjera.

Años antes de su muerte, José Donoso, novelista insigne, había vendido sus cuadernos con notas personales a una universidad norteamericana. Alguien los leyó y encontró una alusión a experiencias homosexuales que tuvo en su juventud y lo contó a la prensa. Ahora, un amigo suyo había publicado su propia autobiografía en la cual aportaba cartas de esa época ya muy lejana, en que Donoso le había confidenciado que tenía enamoramientos homosexuales.

El matrimonio de José Donoso con una esposa que lo acompañó hasta su muerte, configuraba ahora para mí una imagen insólita. Yo no había sabido de su pasado homosexual, a pesar de que fui su médico por muchos años.

¿Por qué me había ocultado un aspecto importante de su vida, mientras me participó tantas otras confidencias? ¿Se justificaba mi enojo hacia quien alguna vez me había calificado como “su médico, confesor y amigo”? ¿Cuántas veces me mostró la zozobra que lo aterraba cuando su enfermedad lo remecía, como un espectro real e implacable! Bueno, tal vez era esa

la información que le correspondía revelarme como paciente. En nuestras conversaciones no tenía por qué referirse a aspectos ajenos a su enfermedad, aunque lo fue haciendo a lo largo de los años en que nos conocimos.

Por él mismo supe de sus problemas de conducta y atención en la niñez, que terminaron por marginarlo del colegio británico privado, exclusivo y exigente, en que lo había matriculado su padre. Además, The Grange School era desde sus comienzos hasta ahora un colegio donde el deporte es una actividad fundamental, pero para el futuro escritor esa era una tortura que procuraba eludir. Me contó las penurias que vivió en la adolescencia, cuando tuvo que esquivar las imposiciones de sus padres, hasta que consiguió que aceptaran su **vocación** para la narrativa.

Me relató episodios de cuando emigró a España, dándome datos que muchos ignoraban. Me describió la angustia de la indecisión que había compartido con su esposa, cuando en España adoptaron una niña de pocos meses, a la que criaron como a una hija propia. Con Pilarcita vivieron las alegrías de todos los padres y, después, aparecieron penas y sinsabores cuando la confesión de no ser su hija biológica despertó actitudes egoístas, de rebeldía por parte de ella, y de tiranía por parte sus padres, de cuyas consecuencias ninguno de los tres pudo marginarse.

Me describió la emoción tempestuosa que sentía cuando publicaban una de sus obras, emoción efímera porque luego sobrevénía un vacío, un “bloqueo creativo” angustioso, que

paralizaba su pensamiento. No lograba vencerlo hasta que sentía aflorar un nuevo tema. Me advirtió que era un fenómeno muy común entre los escritores: poetas, novelistas, dramaturgos, pero a él lo afectaba mucho.

De su vida adulta, siendo ya famoso, me relató algunas rencillas que empobrecían el ambiente de los literatos de generaciones cercanas a la suya. Conocí las razones y sinrazones de las envidias y hasta odios entre colegas, tanto en su rincón citadino como en el ámbito de la literatura universal. Pero también me habló de camaradería y afecto con Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez y muchos otros. El anecdotario con que ilustraba estas rencillas y amistades era muy entretenido, porque las relataba con la amenidad de lo auténtico y la maestría de quien nació para contar historias. No por nada era considerado un coloso entre los escritores, en su lengua materna y en traducciones a otros idiomas.

Me confidenció los altibajos de su relación conyugal, en que el compañerismo era más importante que lo sexual para que los vientos soplaran en una u otra dirección en el firmamento de la vida. Presencí algunas de sus discusiones, tan duras como las de cualquier matrimonio añoso. Oí su queja porque María Pilar se sumía más frecuentemente que él en períodos depresivos y bebía más que lo que él –abstinente– juzgaba razonable. Una tarde me confesó: “No sé si la quiero de veras, pero me ha acompañado en tantas emigraciones, sin chistar. Opinamos igual en todo lo importante y debo reconocer que ha sido una buena com-

pañera. En realidad, no me veo viviendo sin ella”. Sin embargo, me parece que Pepe no apoyó a María Pilar en sus expectativas como escritora y su propio prestigio aplastó la creatividad literaria de su esposa. Sospecho que Pepe se daba cuenta de ello y tal vez lo reflejó en una de sus novelas.

En una tarde de amargura me contó la discusión tempestuosa que recién había tenido con un primo, abogado muy influyente en lo público y privado, quien reaccionó catastróficamente al leer una narración que Pepe pretendía incorporar en su autobiografía: lo conminó a suprimir un capítulo en que hablaba de un tío abuelo mutuo, relatando conductas y sucesos que podrían empañar la memoria histórica de ese personaje, cuyo nombre está estampado en una avenida y una plaza de la capital. El primo lo amenazó con “aplicarle las penas del infierno”, hasta destruirlo, si no eliminaba ese capítulo. Pepe era ateo, pero la idea de que el infierno podría invadir el presente fue más poderosa que su incredulidad teológica. Cuando la autobiografía se publicó no contenía dicho relato ni el “eppur si muove” que coronó nuestra conversación.

Mirado retrospectivamente, tal vez ese incidente pudo haber despertado mi curiosidad, inquiriendo a cuál arma tan poderosa habría echado mano el abogado, para asustarlo tanto. ¿Tal vez divulgar un secreto comprometedor? Yo nunca le hice preguntas sobre su vida personal. Era él quien fijaba el límite de sus revelaciones.

Hubo otras confidencias, pero la historia de su homosexualidad quedó en una “dimensión perdida”. Tal vez cuan-

do nos conocimos esto era ya una parte críptica de su pasado. No recuerdo haberle visto actitudes sugerentes de ser homosexual. Al contrario, su ego pomposo florecía cuando le rendían homenajes a los que generalmente asistían numerosas amigas y admiradoras. Su esposa era la principal organizadora del grupo y frente a ellas Pepe adoptaba, complacido y ufano, la pose de un califa rodeado por su harem. Y con esa cabezota, su barba canosa y los enormes anteojos de miope, realmente lucía como un personaje de leyendas árabes.

¿Con qué derecho me puedo sentir frustrado si un paciente me ocultó capítulos de una historia privada? Al fin y al cabo, esa reserva tal vez se debió al pudor de quien temía contravenir convenciones burguesas, de ese mundo en que le encantaba encasillarme cuando discutíamos sobre temas no médicos. Más de una vez chocamos por opiniones políticas dispares, pero raramente por temas culturales. Desnudar el alma es más complejo que hacerlo con el cuerpo. Parecería prudente envolver en una sombra gris este aspecto de mi relato sobre una figura ilustre para resaltar, en cambio, el colorido de otras vivencias que compartimos. Lo que sigue es un racconto de episodios registrados en mi memoria, sobre el novelista que conocí.

*Julio de 1990*

José Donoso me visitó por primera vez en mi consulta profesional procurando una tercera o quizás cuarta opinión médica. Cuando abrí la puerta para asomarme a la sala de espera

e invitarlo a pasar, lo reconocí de inmediato. Sabía muy bien quien era, porque había leído varios de sus libros y su rostro había aparecido en periódicos y en entrevistas en la televisión. Sin embargo, desconocía aún su historial clínico y por ello me impactó su expresión de desaliento. Se veía más envejecido que lo esperable para su edad. Vestía con ropa corriente, limpia, un poco arrugada. Se levantó del sillón con dificultad para luego dar con cierta vacilación los pocos pasos que necesitaba para entrar a mi oficina y sentarse de nuevo en la silla. Había dos o tres damas acompañándolo, pero solo una ingresó con él a la oficina y se presentó como su esposa. En realidad, fue ella quien me resumió el cuadro clínico, que se arrastraba ya varios años, con un par de hospitalizaciones por complicaciones episódicas. Tuve que interrumpirla para poder oír de viva voz el relato del propio paciente.

–Mire, doctor –empezó con calma y un dejo de tartamudeo al que debí acostumbrarme a lo largo de los años–, la verdad es que he sido atendido por otros médicos, en Estados Unidos y últimamente acá, en Chile. No estoy conforme con lo que me han dicho y quiero conocer su opinión. Soy amigo de su colega Héctor Orrego, que está en Canadá, y él me recomendó su nombre. Lo que mi mujer le ha contado es lo que yo podría decirle. Ahora, lo que me aplasta es este agotamiento físico, que me hace difícil cumplir con mi tarea. Aquí tiene los exámenes que me han hecho.

Después de completar el interrogatorio, examinarlo y revisar los exámenes, les sintetiqué mi opinión, que no difería de

lo que antes les habían dicho mis colegas. En realidad, un problema serio residía en que ni él ni su esposa querían aceptar el veredicto unánime de que sufría una enfermedad hepática crónica, lenta pero implacable.

En su juventud padeció de úlceras gástricas que le provocaron varias hemorragias y fue operado dos veces de emergencia durante estadias de trabajo en los Estados Unidos. Allá recibió transfusiones de sangre y tal vez alguna lo infectó con un virus cuya existencia se ignoraba en ese entonces. Años después se hizo evidente el daño progresivo provocado por el virus C de las hepatitis, reconocible ahora por los nuevos exámenes disponibles.

–¿Así que usted también piensa que ese fue el origen de mi enfermedad? –me preguntó.

–Esta causa la tenemos a la vista: los exámenes han sido repetidos y son concordantes. Me parece que todas las otras posibilidades fueron descartadas razonablemente.

–Se me hace duro aceptar tan mala suerte: la cirrosis es una enfermedad para los borrachines –comentó mi interlocutor–. Yo nunca fui un bebedor y menos desde que empecé a sentirme enfermo. Mientras tanto, por ahí circulan varios colegas míos tomando como Baco y no les pasa nada...

–Este virus es así y puede provocar por sí solo su enfermedad. No tiene relación con el alcohol, salvo que la enfermedad es más grave en los alcohólicos.

–¿Y qué va a pasar conmigo ahora?

Fue una pregunta difícil, como muchas que vinieron después. Tenía miedo de sufrir físicamente. Además, ansiaba mantener sus funciones intelectuales y seguir escribiendo lo que sentía atropellarse por nacer. De año en año le era más difícil escribir. Las hemorragias se repitieron, ahora por rotura de várices en el esófago. Cuando eso ocurría su mente se nublaba por días o semanas. Al recuperarse le sobrevinía un torbellino de ideas fantasiosas en que intervenían personajes nacidos de sus recuerdos, matizados con una sensualidad que describía con maestría. Pero el agotamiento lo limitaba y su trabajo avanzaba cada vez más lento. Sus últimas novelas mostraron un erotismo que pudo haber aflorado en esos estados oscilantes, entre enajenación y cordura. Aún en épocas de calma se hizo difícil de manejar, alternando períodos en que estaba agitado e irascible, con otros en que se sumía en depresión. ¿Estaré evocando lo que ocurrió, hace siglos, en algún lugar de La Mancha?

*Diciembre de 1994*

Pepe se comportaba como un paciente obediente, porque era medroso y la enfermedad había acentuado su hipocondría. Pero cometía deslices cada vez que se le ofrecía una oportunidad que excitara su ego: le costaba declinar invitaciones para comentar una obra reciente o programar la edición de una nueva. Le encantaba verse rodeado de gente que lo admirara y procuraba generar entrevistas en la prensa y la televisión.

Pocas veces lo había visto tan ansioso como cuando llegó a pedirme una síntesis escrita de su historia clínica. Había recibido una invitación para viajar a Europa. Primero iría a visitar a su agente editorial, Carmen Balcells, en Barcelona. Luego seguiría a Roma para participar en una reunión de escritores, de la cual no me dio mayor información. Viajaría con su esposa, le mandarían pasajes en clase ejecutiva, lo estarían esperando en los aeropuertos, pero tendría actividades agotadoras y, a pesar de su evidente entusiasmo, el espectro de algún evento imprevisto lo angustiaba y quería mi ayuda, con un documento que le facilitara una eventual atención médica.

–Por supuesto que puedo hacerte el resumen –respondí a su solicitud–. Si necesitas ayuda en Barcelona, tengo allá muy buenos amigos entre mis colegas. Te daré también una carta personal para el doctor Juan Rodés, el jefe de ellos.

–Y ya que estás tan bien dispuesto, ¿podrías hacerle traducciones a otros idiomas? –me preguntó.

–Bastará con una al inglés. No me la pidas en catalán, francés ni italiano... ¿Y a dónde diablos piensas extender el viaje?

–Hasta donde me den las fuerzas –respondió.

–Mejor dicho, hasta donde lo inviten y nos paguen el viaje –terció María Pilar.

–Muy bien, pero ahora vamos a conversar de los límites y las condiciones, para que no hagas locuras –agregué. La lista no fue muy larga, pero a Pepe no le cayó simpática, mientras que a su esposa le pareció demasiado breve.

En Barcelona, su famosa agente catalana ofreció una

cena en su honor, con varios invitados del mundo de los escritores y publicistas. En mitad de la cena, Pepe se sintió mal. Había comenzado una nueva hemorragia interna. Se desmayó y tuvieron que hospitalizarlo de inmediato. Este incidente provocó un estado comatoso del que se recuperó después de unos días. Estando ya mejor, los médicos razonaron con María Pilar:

–Señora, su esposo está en condiciones para cambiarlo a una habitación individual, pero nos preocupa la cantidad de personas que vienen a preguntar por él. Quieren verlo funcionarios del consulado, periodistas y otros escritores. Tantas visitas lo podrían agitar.

Acordaron mantenerlo aislado unos días más y finalmente pudo continuar su viaje hasta Roma.

Años después, otro escritor chileno –Mauricio Electorat, que en esa época era un joven escritor residente en Europa– me contó que le habían encomendado acompañar en Roma a Pepe y su esposa. Estaban invitados por un organismo de alto nivel, que otorgaría un premio a la mejor obra literaria publicada en “lenguas romances”, por un autor de cualquier nacionalidad. El jurado estaba integrado por grandes novelistas franceses, portugueses, italianos, rumanos, españoles y José Donoso, quien representaría a los escritores latinoamericanos. El cenáculo se realizó nada menos que en el Hotel Excelsior, en Vía Véneto, lugar donde Fellini filmó parte de *La Dolce Vita*. Después de un par de días deliberando, el jurado coronó a Jean–Marie Le Clézio, que iba en espiral ascendente como escritor. Entre las conversaciones “de pasillo” o en el ascensor, que sostuvo el joven “chaperón” con

Pepe, le llamó la atención que un día le preguntó, sin ambages: “Mira, Mauricio, ¿tú crees que van a reconocerme, a mí, como el más grande escritor de lengua hispana en esta época?” Esta carencia de modestia le pareció exagerada a Mauricio, quien no sabía que José Donoso estaba convaleciendo de un coma hepático, con fugas de ideas alucinantes que muy luego olvidaría.

Sin embargo, Pepe no perdonó a los médicos españoles por haberlo privado de la jarana social que esperaba recibir en ese país y reaccionó con aparente resentimiento. Apenas lo visité, después del regreso a Santiago, rezongó:

–¡Bonitos amigos tienes en Barcelona! Dicen que me zurcieron muy bien las várices, pero esos catalanes jodidos me tuvieron escondido de la gente a quienes quería presentar mi próximo libro.

*Marzo de 1995*

Se había generado una insólita rivalidad entre Enrique Lafourcade y José Donoso, fenómeno que había nacido después de años con relaciones cordiales. Para mí resultaba una situación jocosa, porque atendía como médico a ambos y el tamaño de las respectivas autoestimas me parecía bien balanceado. En sus artículos en la prensa, Lafourcade omitía mencionar a Donoso cuando correspondía hacerlo, o disminuía su estatura en el mundo de las letras. Por su parte, Donoso simulaba restarle importancia al hecho y pretendía ignorar a su antagonista, aunque sin mucho éxito. En cambio, María Pilar reaccionaba furibunda cada vez que lo sentía menospreciado.

En octubre de 1994, cuando José Donoso cumplió setenta años, hubo una larga jornada con homenajes públicos y privados, organizados por la Universidad de Chile y el Ministerio de Educación. Participaron muchos invitados ilustres, del país y del extranjero. Enrique Lafourcade se marginó, aduciendo en un artículo de prensa que un homenaje así correspondía otorgarlo a quien cumpliera ochenta años y no antes, dando ejemplos de ello. La crónica que escribió me pareció cruel, o al menos desatinada, porque para todos los que conocimos a Pepe, médicos o no médicos, era evidente que no llegaría a celebrar un cumpleaños tan distante.

Una tarde, Enrique Lafourcade vino a un control médico, en mi oficina. Al acompañarlo de vuelta a la sala de espera ambos nos sorprendimos, porque allí estaba sentada María Pilar, que había ido inesperadamente en procura de un documento administrativo que yo debía firmar. El mutuo “Hola, ¿cómo te va?” tuvo tonalidades que presagiaban tormenta y sentí que aumentaba la electricidad estática. Saludé amablemente y volví a mi escritorio, cerrando la puerta, para esperar que la pista se despejara con la retirada de ambas partes. Como bien supuse, Isabel, mi secretaria, entró ansiosa a contarme lo que ocurrió. Ella era otra de las mujeres cautivadas por Pepe y me lo hacía sentir pasándome todas sus llamadas telefónicas, aunque yo estuviera ocupado, o cambiando la fecha y hora de sus visitas cada vez que se lo solicitaban. Ahora quiso ser portavoz del diálogo que dijo haber escuchado:

–Vaya, qué bueno que te encuentro –habría dicho Ma-

ría Pilar–, porque hace tiempo que quiero preguntarte: ¿Por qué no viniste a la fiesta de cumpleaños de Pepe?

–Discúlpame –habría respondido Lafourcade–, pero me sentía enfermo y no fui capaz de salir de mi casa.

–¡Qué lástima! –agregó ella–. Perdiste la oportunidad de saludar al “Grande de Portugal”, ¡que vino especialmente a festejar a Pepe!

–Pero si ya conozco a Saramago...

–De todas maneras, fue una lástima –remató María Pilar–, porque Saramago ni preguntó por ti. No estoy segura de que te recuerde...

Eso me relató Isabel. Supongo que ocurrió así. Ciertos deportes aplican mejor para un sexo que para el otro. Mientras el boxeo sería preferentemente masculino, la esgrima es muy apta para damas, insuperables al clavar estocadas en el contrincante. Días después hubo que hospitalizar a Enrique Lafourcade por una reactivación de su úlcera duodenal, con una hemorragia interna de la que se recuperó. Fui su médico ocasional por algunos años más.

*Agosto de 1995*

Recuerdo aquel mediodía cuando la municipalidad de Santiago nominó “Ciudadanos Ilustres” a dos literatos: José Donoso y Nicanor Parra. El salón municipal se llenó con asistentes a la ceremonia y dos tercios eran damas, admiradoras de uno u otro de los homenajeados. Ambos héroes lucían ufanos en la testera. Parra, con su canosa y desordenada melena leonina y mirada es-



crutadora, se veía rejuvenecido y jovial. El Donoso de ese día era distinto del que había visitado apenas una semana antes en su casa: una sonrisa triunfal permitía olvidar su flacura y su aspecto había vuelto a ser el de una época pretérita. Cuando llegó el turno de agradecer el homenaje, ambos acentuaron su elocuencia y simpatía brindándonos, con sus estilos personales, recuerdos de una juventud bohemia vivida fogosamente en rincones muy distintos de la ciudad: uno en un barrio de Providencia, el otro en las inmediaciones de la plaza Brasil. Cada uno leyó un breve trozo de algo aún no publicado. Sus aportes se complementaron porque novela y poesía fueron una misma expresión de arte literario. Una vez entregados los galardones, nos invitaron a un cóctel. Los periodistas asaltaron a los festejados, con sus grabadoras en ristre y los focos de la televisión elevaron la temperatura ambiental. Dos nubes de damas se abrieron paso para abrazarlos, besarlos, suspirar por ellos. Me retiré con la sensación de que allí dejaba a dos colosos disfrutando con deleite su derecho a ser admirados.

*Octubre de 1996*

Fue en un atardecer de primavera. Había terminado mi labor y contemplaba la calle desde la ventana de mi oficina. La puesta del sol teñía las montañas cercanas con reflejos rojizos y amarillentos. Un taxi se detuvo frente al edificio y su pasajero trató de bajar. Reconocí a Pepe. Aunque encorvado, flaco y débil, conservaba la majestuosidad de un mentón prominente, los ojos sesgados y la barba canosa rodeando una larga nariz que sostenía sus grandes lentes. Necesitó la ayuda del conductor

para salir del auto y caminó hacia la entrada del edificio con pasos sorprendentemente rápidos para su débil condición. Alerté a la secretaria y se adelantó para ayudarlo. Pepe nos brindó una sonrisa afectuosa, una frase cordial y con mano temblorosa me entregó un ejemplar autografiado de su última novela. Pero era la segunda vez que me regalaba este libro y él lo había olvidado.

–¿Dónde vas tan elegante? –le pregunté. Vestía un traje azul, camisa blanca con cuello formal y corbata. En suma, una tenuta que le había conocido en oportunidades muy especiales.

–Voy a la Feria del Libro. Me ofrecieron un lugar para atender público, a mis “fans” y mis clientes. Me van a pedir autógrafos y querrán conversar conmigo. Habrá periodistas y a lo mejor me enfocarán en la televisión. No puedo faltar, porque llevan días anunciándome.

–Pero estás muy débil. Al menos deberías ir acompañado –comenté.

–¡Hombre! Pocas aventurillas son más estimulantes que estas inyecciones al ego, tú lo sabes bien. Hay que disfrutarlas solo: supón que alguna dama culta y buena moza se enamora de mí esta tarde... ¡Capaz que no vuelva a casa!...

Su pícara sonrisa de niño grandote y jugueteón cambió bruscamente a un gesto triste:

–¿Sabes una cosa? Es mejor vivir un rato de gloria, hoy, que pasar otro mes encerrado en la penumbra del dormitorio... ¿Valdrá la pena pensar cuánto tiempo menos duraré en esa pieza, solo porque salí hoy para que me agasajen?

Nos abrazamos y volvió a la calle. Su paso pretendía ser rápido, pero los estragos de la enfermedad lo hicieron vacilar y tropezar en la vereda. Desde mi ventana noté que confundió a los conductores y equivocó el taxi, pero amablemente lo ubicaron en el que había contratado y partió con el rumbo deseado.

Cogí el teléfono, llamé a su casa y pedí hablar con su esposa:

–¡Cómo puedes dejarlo salir solo! –la reconvine–. Y a la Feria del Libro, entre un mar de gente. Sabes que está muy débil y no coordina bien sus ideas ni lo que hace.

–¿Qué me dices? ¡Si Pepe no se ha movido de aquí en toda la semana! Yo vengo llegando de unas compras y él tiene que estar arriba, en su pieza.

Ante mi insistencia María Pilar subió a buscarlo y volvió, agitada, al teléfono.

–¡Este viejo pillo salió a escondidas, mientras yo no estaba! Yo me encargaré de que vayan a acompañarlo.

Volví al sillón del escritorio y me senté a completar mis anotaciones. Ya era noche y hora de retirarme. Guardé el libro que me había dedicado por segunda vez y cerré la puerta de la oficina.

Semanas después falleció José Donoso. Estaba aún consciente cuando lo visité esa mañana, pero cuando me despedí diciéndole “Hasta la noche” me pareció que ya no me respondería, y así ocurrió.

Pilarcita, la hija adoptiva de Pepe y María Pilar, junto a amigos y familiares, organizaron una reunión en su recuerdo, que se realizó en un atardecer de verano, en el antejardín del viejo caserón familiar, en la calle Galvarino Gallardo. Asistimos

María Eugenia y yo, más un grupo de personas que incluyó a Delfina Guzmán, actriz que Pepe mencionaba frecuentemente como “su musa inspiradora”, y Marco Antonio De la Parra, médico y dramaturgo de gran prestigio, quien hizo cálidos recuerdos del escritor y las enseñanzas que de él había recibido. María Pilar Serrano murió dos meses después. Diez años más tarde, Pilarcita publicó una biografía de Pepe: *Correr el tupido velo*, que en buena medida es también su autobiografía. Finalmente, creo que quiso huir del pasado y del presente cuando tomó la decisión de emprender el viaje a reunirse con sus padres.

Al cabo de años de la muerte de José Donoso, he rescatado recuerdos de alguien a quien conocí en una época en que trataba de escribir mientras sentía extinguirse inexorablemente su vitalidad. Sería irreverente si dejo de él solo la imagen de un grandullón vanidoso, caprichoso, timorato, enamorado de sí mismo. Eso fue verdad, pero también me asistieron buenas razones para dar otras pinceladas que configuran un retrato más benévolo. Lo realmente valioso para perdurar en nuestra memoria es su obra escrita.

A veces revivo esa tarde en que pasó a saludarme, rumbo a su última aparición en público, para disfrutar unos momentos de alegría en el enorme recinto de la vieja Estación Mapocho, convertida en centro de exposiciones. Cuando recuerdo su cálido saludo y su despedida, el brillo eufórico en la mirada, la sonrisa bonachona y la sabiduría de sus últimas frases, me da por recordar una leyenda donde cuentan que el cisne se despidió cantando, antes de morir.